

Desde el mar se divisa á gran distancia como una estrella.

Pocos puntos habrá en el mundo en que se presente un volcan tan magestuoso y elegante.

Es el faro misterioso que nos revela la proximidad de la tierra, de la patria querida, en el golfo de México, y el que conserva en su corazon el verdadero amor de ella, no puede contemplar con indiferencia este faro bellísimo, cuya presencia sola causa un secreto orgullo y placer.

La Providencia ha puesto en este suelo prodigios dignos de llamar la atencion del Universo.

CAPITULO V.

Viaje de Orizava á Paso del Macho. Aspecto del camino. Llegada á Córdova. Situacion de la ciudad; su aspecto, sus calles y plazas: edificios, establecimientos públicos de instruccion y beneficencia: su poblacion. Comida que nos sirvieron en el Restaurant. Entrevista y conversacion con Marta. Salida de Córdova. Jornada agradable y variada. Nuestro arribo á Paso del Macho. Impresion que nos causó la posada. Se dá una idea del lugar. Noticia que allí recibimos y efecto que nos produjo. Ocurrencias de viaje. Partida de Paso del Macho.

Nos levantamos á las cinco de la mañana, y se nos sirvió pronto un buen desayuno. Sin embargo la diligencia no salió de Orizava sino hasta despues de las nueve.

Como el dia era claro y bello, pudimos gozar desde nuestra salida de lo que en el camino se presentaba á nuestra vista.

La luz destacaba ya todos los objetos, y veíamos con encanto la fertilidad que en aquel lugar se advertia; casitas enfloradas, en cuyo centro se

notaba mucho movimiento y alborozo; fincas que se presentaban frecuentemente, de grande extension, que hemos ya mencionado, se hallan en el tránsito, y en algunas solia detenerse pocos minutos la diligencia, mientras tomaban algo los cocheros; entónces las pobres y sencillas gentes se acercaban y rodeaban la diligencia, y nos contemplaban con cierta admiracion, porque en los pueblos todo lo causa, todo llama la atencion, y de todo les gusta gozar.

Pronto sin embargo tenian que cortar su entretenimiento, porque la diligencia volvia á ponerse en movimiento.

Algunas cosas, miserables habitaciones de los hijos del país, de los pobres indios, se encontraban muy amenudo esparcidas en el camino; están formadas con hojas secas, y se veían dentro de ellas las indias, haciendo sus tortillas, y el resto de la familia comiendo.

Tambien se presentaban á nuestra vista pequeños riachuelos, en cuyas margenes se veían algunas legumbres y árboles frutales; todo esto nos agradaba extraordinariamente, y nos infundia el deseo vehemente de gozar de la vida campestre, tan llena de encantos y exenta de las mil amarguras que se tienen que sufrir en las grandes poblaciones.

A las diez de la mañana llegamos y nos detuvimos en Córdoba.

Algunas personas de distincion salieron á recibirnos, y nos invitaron á que bajásemos á almorzar, porque hasta las cuatro ó cinco llegaríamos á Paso del Macho, y no encontraríamos ántes ningun lugar donde poderlo hacer; aunque nos habiamos desayunado tarde, y no teniamos apetito, preciso era hacerlo, y entramos en el restaurant de la posada, acompañadas siempre del jefe político, que se mostraba muy fino y obsequioso.

Córdoba, cabecera del distrito de su nombre, está situado á los $18^{\circ} 49' 50''$ de latitud N. y á los $2^{\circ} 9' 2''$ de longitud oriental del meridiano de México: esta es la longitud de Huitango á la orilla del rio de San Antonio.

La longitud de esta ciudad, que corre de N. E. cuarto E. - N. O. cuarto E. es de 2,552 varas, su latitud es desigual á causa de dos barrancas que la cortan al S. y al N.

Tiene cuatro calles principales; la figura de la poblacion es la de un paralelogramo con una amplia y vistosa plaza en el centro, rodeada de salidos edificios con espaciosos portales.

Las calles son anchas, tiradas á cordel y bien empedradas.

Las casas son generalmente cómodas y bien ventiladas, algunas de altos, y muy bien construidas.

La Iglesia parroquial es extensa y regularmente compartida; tiene paramentos y vasos sagrados de mucho valor.

Hay un hospital consagrado á San Roque, otro de mujeres, y un lazareto para recibir á los apesados del vómito negro que bajan de Veracruz y de la costa.

Posée un bonito colegio para niñas educandas, dotado con fondo propios, y cuatro capillas en los barrios, dedicados á San Juan, San Miguel, San José, y San Sebastian.

Las casas municipales tienen al frente una galería arqueada de cien varas de largo, al edificio está agregada la cárcel pública.

Hay varias escuelas para niños de ambos sexos, y un colegio para hombres, en el que se estudia latinidad y filosofía.

La poblacion de la ciudad, es de 6,500 almas, y de 3,500 la de su municipio; total 10,000.

En sus alrededores se hallan multitud de fincas valiosas, siendo las mejores la de Monte Blanco, Tojpan, San Francisco, San Miguelito, Tapia La Pañuela, Socalipepec, Sodiapita y Buena-vista.

El suelo es muy fértil, y ricas sus producciones.

El carácter de sus habitantes alegre y jovial, dispuestos siempre á divertirse, sus costumbres sencillas, son afables, cariñosos y hospitalarios.

El almuerzo que se nos sirvió fué tan bueno, que apesar de no tener ningun apetito, por la hora, jamás lo olvidaremos, comimos perfectamente; la comida estaba sazónada de un modo particular, y tan bien condimentado, que aunque nos hallábamos dispuestas á probar tan solo los platos, no sucedió así, y comimos muy bien.

Mientras el resto de la familia conversaba con el jefe político y los que allí se hallaban presentes, aprovechamos la ocasion, para ir en compañía de nuestra hermana á saludar á Marta, quien al vernos nos dirigió una dulce sonrisa, pronto nos dimos un estrecho abrazo, y nos sentamos en un lugar apartado de la concurrencia; tomamos á Julia en los brazos, y sentándose nuestra buena tia al lado de ella, le rogó continuara la relacion de su interesante historia.

Es vd. muy bondadosa en interesarse por mí, replicó Marta, y puestó que mis desgracias no le son indiferentes, voy á continuar mi triste relato.

Al hablar así, exaló su pecho un prolongado

suspiro, y despues de una breve pausa continuó. Tendria yo 16 años, esa edad tan llena de ilusiones, en la cual la felicidad nos sonrie, haciendonos ver un porvenir lisonjero, y un camino sembrado de flores.

Acababa de descorrerse para mí la misteriosa cortina que oculta nuestra infancia, y al penetrar en la juventud, esa edad de atractivos llena, en la que el mundo trata de seducirnos, desplegando ante nosotros todo el oropel de su placeres y encantos, todo el falso brillo de su seducción y atractivos, yo me sentí fascinada; ya no halagaban á mi alma los sencillos goces que tenía en el hogar doméstico. El amor, las caricias de mis padres, no bastaban ya á satisfacer las aspiraciones de mi alma; aquella festiva alegría, que siempre tenía cuando niña, huyó de mí y un tinte de tristeza, de melancolía se difundió en mi carácter.

Mis buenos padres, que notaron este cambio y me amaban con delirio, se afijieron sobre manera, y una tarde, en que mas triste que de costumbre, me habia encerrado en mi recamara, para entregarme á mis reflexiones libremente, ví penetrar á mi buena madre, que dirigiéndose á mí con los ojos humedecidos por el llanto, imprimió un beso en mi frente, y sentándose á mi lado, con el acento mas dulce me dijo:

—Marta, tú no eres ya la misma de otro tiempo; un secreto penar, algun oculto sufrimiento amarga tu vida..... tu carácter ha cambiado hija mia, tu padre y yo lo hemos notado, y no puedes figurarte lo que nos ha hecho sufrir ese cambio.

Hoy vengo querida mia para que rompas ese silencio que tanto nos daña, y me digas la causa de tu repentina tristeza y de tu melancolía.

Mi buena madre guardó silencio al pronunciar estas palabras, y su mirada fija en mí parecia espiar ansiosa mi respuesta: yo que no esperaba la imprevista exigencia de mi madre, y que no me atrevía á revelarle los ocultos pensamientos que inquietaban mi alma, bajé la vista ruborizada, y no articulé una sola palabra.

Mi madre entonces tomó una de mis manos, y dando á su voz la entonacion mas dulce y cariñosa me dijo:

—Tu silencio Marta ha confirmado mis sospechas; habla hija mia. ¿Quién podría servirte mejor de amiga, que tu propia madre? ¿qué... no me crees digna de tu confianza?

Y al pronunciar estas palabras era tan triste su acento, que profundamente conmovida me arrojé en sus brazos anegada en lágrimas esclamando.

—Sí ¡madre mia! tú lo sabrás todo, nada, nada quiero ocultarte.

—¡Bendita seas! murmuró, y estrechándome contra su pecho, ambas lloramos un breve rato.

Ella estaba conmovida, yo no podía contener los violentos sollozos de mi corazón. Largo rato permanecimos en el silencio de la palabra, pero no de los gemidos y las lágrimas; al fin mi buena madre lo interrumpió de nuevo, rogándome la hiciera partícipe de todos mis sentimientos.

En ese instante, en que debía haber trasladado al corazón materno todos los tormentos del mío, me pareció que hablando, que revelando mi secreto, coartaba mi libertad convirtiéndome en mi propio verdugo, y pretendí callar; pero mi tierna madre, comprendiendo perfectamente mi situación, continuó.

—Marta nunca debes arrepentirte de ser tu misma la que traslades á mi corazón tus sufrimientos. Una madre que ama como yo, solo puede desear la felicidad de sus hijos, nunca puede ser egoísta, ni querer nada fuera de tu dicha, de consiguiente depositando tu en mí todo lo que te atormenta, tendrás solo un guía que te conduzca bajo la experiencia de los años, en el camino penoso de la vida!... Habla pues, hija

mia, que en este corazón solo encontrarás motivos de consuelo y de dulzura.

Era imposible escuchar por más tiempo las plegarias llenas de interés, que me dirigia mi pobre madre, sin tratar de complacerla, comprendí que en realidad nada podia hacer mejor que confiarle mis pesares, y me resolví por fin á ello, ahogando la voz secreta que me instaba para callar, tomé pues entre las mías una mano de mi buena madre, me postré á sus piés recargándome en sus rodillas, y en actitud de un reo que confiesa su delito, confesé yo lo que encerraba mi alma, diciéndole.

—Madre mia, como tú bien sabes, nada turbaba mi felicidad hace seis meses, y considerábame como el ser más feliz de la tierra; pero ¿recuerdas aquel baile que hubo en casa del señor H. y al que me llevaste por la vez primera?

—Sí hija mia me respondió.

—¿Recuerdas también aquel jóven bien parecido, que bailó conmigo repetidas veces?

—También lo recuerdo me dijo, porque al ver la tenacidad con que te miraba, comprendí que esa noche por la primera vez, resonarian en tus oídos las palabras amorosas de un hombre.

No te engañaste madre mia, repuse; Arturo me hizo esa misma noche una declaración, que